

EVA G.^o SÁENZ DE URTURI

EL SILENCIO
DE LA CIUDAD
BLANCA



AVISO IMPORTANTE

Para poder disfrutar de una mejor experiencia de lectura de la trilogía de la Ciudad Blanca, recomendamos leer las novelas en orden de publicación:

1. *El silencio de la ciudad blanca*
2. *Los ritos del agua*
3. *Los señores del tiempo*

En cada novela se desvelan detalles que podrían afectar al disfrute de la lectura.

Eva García Sáenz de Urturi



El silencio de la ciudad blanca

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Extractos de la letra de la canción *Abrazado a la tristeza* de páginas 454 y 470:
Autores: Roberto Iniesta, Iñaki Antón, Manuel Muñoz y Adolfo Cabrales
© Extrechinato y tú

© Eva García Sáenz de Urturi, 2016
© La vieja familia SLU, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: abril de 2016
Depósito legal: B. 5.337-2016
ISBN: 978-84-08-15416-7
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Liberdúplex
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

PRÓLOGO

Vitoria, agosto de 2016

Las cámaras de televisión se obsesionaron con acosar a mi cuadrilla. Necesitaban un titular y estaban convencidos de que mis amigos podrían dárselo. Los siguieron por toda Vitoria desde que saltó la noticia de que el asesino me había disparado: a partir de aquel momento, no hubo descanso para nadie.

A primera hora, apostados en las entradas de sus portales. Y por las tardes, cuando quedaban en el Saburdi de la calle Dato, a tomar unos pinchos en silencio. Pero aquellos días nadie tenía ganas de hablar, y la presencia impenitente de los reporteros no ayudaba.

—Sentimos lo que le ha ocurrido al inspector Ayala. ¿Vais a ir a la concentración de esta tarde? —les preguntó un periodista, mientras agitaba un periódico frente a ellos con la noticia en primera plana y mi imagen ocupando casi más que el titular.

El tío grandote y moreno que intentaba sin éxito ocultar su rostro de las cámaras era yo, días antes del disparo.

Mis amigas bajaron la cabeza, mis amigos dieron la espalda al cámara.

—Estamos en *shock* —se arrancó por fin Jota, apurando su vino tinto—. La vida no es justa, no es justa.

Tal vez creyó que sería suficiente para que los dejaran en paz, pero entonces los reporteros vieron a Germán, mi hermano, imposible de ignorar con el metro veinte de estatura con que le castigaba su enanismo. Germán intentó escabullirse hacia los aseos. El reportero, con el ojo ya curtido en mil exclusivas, avisó a los cámaras en cuanto lo reconoció.

—¡Es el hermano, seguidlo!

Mi hermano se volvió antes de cerrarle la puerta del baño en las narices, gesto que se reprodujo en todos los canales nacionales aquella misma noche.

—Váyanse a la mierda —se limitó a decir, ni siquiera enfadado, ni siquiera ofendido. Simplemente agotado.

Sé que todos los vitorianos estaban consternados porque yo había acabado con un tiro en la cabeza, y si hubiera podido pensar en aquellos momentos, cosa que era fisiológicamente imposible, se me habrían puesto de corbata solo por la emoción.

Un policía nunca espera cerrar un caso siendo la última víctima del asesino en serie que tiene aterrorizada a la ciudad, pero la vida tiene formas muy creativas de jugártela.

Y... sí: yo no salí bien parado. Terminé, como digo, con una bala en el cerebro. Pero tal vez debería desgranar los detalles de lo que en un principio se dio en llamar «El doble crimen del dolmen», y terminó siendo una matanza programada con todas sus letras durante muchos muchos años por una mente criminal que estaba muy por encima del cociente intelectual de cualquiera de los que intentamos darle caza a tiempo.

Cuando el que se pone a matar en cadena es un puñetero genio, solo puedes rezar para que tu bola no salga del bombo dorado y el niño de turno no cante tu número con voz temblorosa.

LA CATEDRAL VIEJA

24 de julio, domingo

Estaba disfrutando del mejor pincho de tortilla de patatas del mundo, con el huevo a medio cuajar y las patatas cocidas aunque crujientes, cuando recibí la llamada que me cambió la vida. A peor, debo aclarar.

Era la víspera del día de Santiago, y en Vitoria nos preparábamos para celebrar el día del Blusa, un homenaje a los jóvenes que alegrábamos las fiestas que estaban por venir a primeros de agosto. El asador de madera donde intentaba terminar con aquella microdelicia estaba tan abarrotado y era tan ruidoso, que tuve que salir a la calle del Prado cuando noté que el móvil vibraba dentro del bolsillo de mi camisa, junto al corazón.

—¿Qué ocurre, Estíbaliz?

Mi compañera no solía molestarme en mis días libres, y desde luego, el día del Blusa y su víspera eran demasiado sagrados como para plantearse acudir al trabajo con toda la ciudad patas arriba.

El estruendo de las charangas y la riada de gente que las seguía, brincando y cantando, me impidió escuchar en un primer momento lo que Estíbaliz intentaba decirme.

—Unai, tienes que venir a la Catedral Vieja —me urgió.

Aquel tono de voz, aquel matiz, entre desconcertado y apremiante, tampoco era habitual en una tía que los tenía mejor puestos que yo, que ya es decir.

Comprendí al segundo que algo grave había ocurrido.

Traté de alejarme del omnipresente ruido que aquel día encapsulaba la ciudad y dirigí mis pasos inconscientemente hacia el parque de la Florida, buscando dejar atrás los decibelios que me

impedían escuchar la conversación en términos mínimamente productivos.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, intentando despejarme del último trago del Rioja que no debería haber bebido.

—No te lo vas a creer, está todo igual que hace veinte años.

—¿De qué me estás hablando, Esti? Es que hoy estoy un poco espeso.

—Unos arqueólogos de la empresa de restauración de la catedral han encontrado dos cuerpos desnudos en la cripta. Un chico y una chica, con las manos apoyadas en la mejilla del otro. Te suena, ¿verdad? Ven ahora mismo, Unai. Esto es serio, esto es muy serio. —Y colgó.

«No puede ser», pensé.

«No puede ser.»

Ni siquiera me despedí de la cuadrilla. Seguirían en el asador Sagartoki, en medio de aquella marea humana, y era poco probable que alguno hiciese caso de su móvil si les llamaba para comunicarles que mi día del Blusa acababa de terminar allí mismo.

Me dirigí, con las últimas palabras de mi compañera retumbando en mi cabeza, hacia la plaza de la Virgen Blanca, pasé delante de mi portal y subí hasta la entrada de la Correría, una de las calles más antiguas de la ciudad medieval.

Fue una mala elección. Estaba abarrotada, como todo el centro aquel día. La Malquerida y los demás bares que jalonaban los portales del casco antiguo rebosaban vitorianos y me costó más de un cuarto de hora llegar a la plaza de la Burullería, el patio trasero de la catedral donde había quedado con Estíbaliz.

La plaza se llamaba así porque en el siglo xv había sido el mercado de los burulleros, los tejedores de paño que convirtieron a la ciudad en una de las arterias comerciales de paso obligatorio del norte de la península. Caminé por el suelo adoquinado, y la estatua de bronce de un preocupado Ken Follett me miró al verme pasar, como si el escritor anticipase las oscuras tramas que habían comenzado ya a tejerse a nuestro alrededor.

Estíbaliz Ruiz de Gauna, inspectora de la División de Investigación Criminal como yo, me esperaba haciendo mil llamadas,

nerviosa, y moviéndose de un lado a otro de la plaza como una lagartija. De melena pelirroja hasta la barbilla, con su escaso metro sesenta estuvo a punto de no cumplir con los requisitos de admisión al cuerpo, y Vitoria estuvo a punto de perder una de sus mejores y más cabezotas investigadoras.

Ambos éramos jodidamente buenos cerrando casos, aunque no tan buenos siguiendo las reglas. Cargábamos con más de un apercebimiento por desobediencia, así que habíamos aprendido a cubrirnos. Respecto a seguir las normas... estábamos en ello.

Estábamos en ello.

Yo hacía la vista gorda de ciertas adicciones que aún coleaban en la vida de Esti. Ella miraba hacia otro lado cuando yo no obedecía a mis superiores e investigaba por mi cuenta.

Me había especializado en Perfilación Criminal, así que solían requerirme cuando aparecían seriales: asesinos, violadores... Cualquier chusma que reincidiera. Si se producían más de tres hechos con un período de enfriamiento, entonces era para mí.

Estíbaliz se había centrado en Victimología, los grandes olvidados. ¿Por qué a esa persona en concreto y no a otra? Manejaba con más soltura que nadie las bases de datos del SICAR, que incorporaba todas las huellas de pisadas y de rodadas de vehículos imaginables, o la de SoleMate, un compendio de todas las marcas y modelos de zapatos y zapatillas de fabricación internacional.

En cuanto se percató de mi presencia, olvidó el móvil y me miró con cara de pésame.

—¿Qué hay allí dentro? —quise saber.

—Mejor lo ves —murmuró, como si el cielo pudiera oírnos, o tal vez el infierno, quién sabe—. Me ha llamado el comisario Medina en persona. Quieren a un experto en Profiling como tú, también me han requerido a mí para que me centre en la victimología del caso. Ahora lo entenderás. Quiero que me digas tu primera impresión. Los técnicos de la Policía Científica ya han llegado, también la forense y el juez. Vamos a entrar por el acceso de la Cuchi.

La Cuchillería era otra de las antiguas calles donde los gremios se agrupaban en la Edad Media. En Vitoria teníamos un recordatorio perenne de los oficios de nuestros tatarabuelos: la Herretería, la Zapatería, la Correría, la Pintorería... El primer trazado

de la Almendra Medieval permanecía intacto pese al trasiego de los siglos.

No dejaba de ser curioso que se pudiera acceder a una catedral desde lo que parecía a simple vista un portal de viviendas más.

Teníamos ya a dos agentes custodiando la entrada, una gruesa puerta de madera en el número 95. Nos saludaron y nos dejaron pasar.

—Ya he interrogado a los dos arqueólogos que los encontraron —me informó mi compañera—. Habían venido hoy a adelantar un poco de trabajo, por lo visto les están apretando desde la Fundación de la Catedral Santa María para que terminen con la zona de las criptas y el foso para este año. Nos han dejado las llaves. La cerradura está intacta, como ves. Sin forzar.

—¿Dices que han venido a trabajar la víspera del día de Santiago por la tarde? ¿No es un poco... extraño para un vitoriano?

—No he visto nada extraño en sus reacciones, Unai. —Negó con la cabeza—. Estaban alucinados, más bien espantados. Ese horror no se finge.

«De acuerdo», pensé. Me fiaba de las impresiones de Estíbaliz como la rueda trasera de un tándem se fía de la delantera. Así funcionábamos, así pedaleábamos.

Entramos en el soportal restaurado y mi compañera cerró la puerta a nuestra espalda. El ruido de la fiesta por fin cesó.

Hasta entonces, la noticia del hallazgo de dos cadáveres rebotaba en mi cabeza sin llegar a entrar del todo, era demasiado divergente con la alegre y despreocupada algarabía de mi alrededor. Una vez cerrada la puerta, en aquel silencio de claustro, con los focos de obra iluminando tenuemente la escalera de madera que nos daba acceso a las criptas, todo me parecía más factible. Que no deseable.

—Ponte el casco, anda. —Me tendió uno de los cascos blancos con el logo azul de la Fundación que obligaban a colocarse a todos los turistas que visitaban la catedral—. Con tu altura, seguro que te das en la cabeza.

—Paso —la ignoré, ocupado en observar toda la estancia.

—Es obligatorio —insistió, tendiéndome de nuevo el engendro blanco y rozándome el canto de la mano con sus dedos.

Era un juego al que jugábamos con una sola regla muy clara: «Hasta ahí». En realidad, había otra más, complementaria: «No preguntes. Hasta ahí». Yo consideraba que dos años sin avances era un *statu quo*, una manera ya establecida de tratarnos, y Estíbaliz y yo lo llevábamos muy bien. También influía que ella estaba metida en los preparativos de su boda y yo había enviudado hacía... bueno, qué más daba.

—Blanda —murmuré, y tomé el casco de plástico.

Subimos las escaleras curvas y dejamos atrás las maquetas de la aldea de Gasteiz, el primer asentamiento sobre el que se erigió después la ciudad. Estíbaliz tuvo que detenerse de nuevo para buscar la llave adecuada que nos diera acceso al recinto interior de la Catedral Vieja, uno de nuestros símbolos. Restaurada y parcheada más veces que mi bici de niño, un cartel de ABIERTO POR OBRAS nos saludaba a mano derecha.

Conocía todos los emblemas de mi tierra, los tenía memorizados en el lóbulo temporal desde que el doble crimen del dolmen convulsionó a toda una generación de vitorianos veinte años y cuatro meses antes del presente.

El dolmen de la Chabola de la Hechicera, el yacimiento celta de La Hoya, las Salinas romanas de Añana, la Muralla Medieval... esos fueron los escenarios que eligió un asesino en serie para poner a Vitoria y la provincia de Álava en el mapa mundial de las crónicas de sucesos de los telediarios. Hasta rutas turísticas se habían hecho por entonces, debido al morbo que generó su particular y macabra puesta en escena.

Yo rondaba ya los veinte años cuando ocurrió, y me obsesionó de tal manera que aquello fue lo que me hizo entrar en el cuerpo. Seguía la investigación a diario con una ansiedad que solo se puede entender cuando eres un postadolescente monote-mático, analizando los pocos datos que trascendían en *El Diario Alavés*, y pensaba: «Yo puedo hacerlo mejor. Están siendo torpes, están obviando lo más importante: la motivación, el porqué». Sí: con casi veinte años me creía más listo que la policía, qué naïf me parece todo aquello ahora.

Después, la verdad me golpeó en la cara más duro que un guante de boxeo, me dejó aturdido, como al resto del país. Nadie esperaba que Tasio Ortiz de Zárate fuese el culpable. Me habría

dado igual que fuese cualquiera: mi vecino, una monja clarisa, el panadero, el mismo alcalde... Me habría dado igual.

Pero no él, nuestro héroe local, algo más que un ídolo: un modelo. Arqueólogo mediático, triunfador en un programa de televisión con récords de *share* en cada emisión, autor de libros de historia y misterio que agotaban tiradas en semanas, Tasio era el tipo más carismático y encantador que había parido Vitoria en las últimas décadas. Listo, muy atractivo, a tenor de la opinión unánime de cualquier fémina y, además, duplicado.

Sí, duplicado.

Teníamos dos para elegir. Tasio tenía un gemelo univitelino, idéntico hasta en la forma de cortarse las uñas. Indistinguible. Optimista como él, de buena familia, alegre, juerguista, educado, correcto... Con apenas veinticuatro años tenían Vitoria a sus pies y un futuro que se les suponía más que brillante: estelar, estratosférico.

Ignacio, su gemelo, se inclinó por el camino de la ley: se hizo policía en los años duros, el tío más íntegro que hemos tenido en el cuerpo. Nadie esperaba que la historia acabase entre ellos como acabó. Todo, y digo «todo», fue demasiado sórdido y cruel.

Que un hermano encuentre pruebas irrefutables de que su gemelo es el asesino en serie más buscado y estudiado de la democracia, que él mismo tenga que dar la orden de detenerlo cuando hasta la fecha eran inseparables como siameses... Ignacio se convirtió en el hombre del año, un héroe a respetar, el que tuvo los arrestos de dar la cara y hacer lo que pocos haríamos: entregar a tu propia sangre a una vida entre rejas.

Lo que me llevaba a una cuestión inquietante: tanto *El Diario Alavés* como *El Correo Vitoriano*, nuestros dos periódicos locales y rivales a muerte, no dejaban de recordar por aquellos días que Tasio Ortiz de Zárate saldría en un par de semanas gracias a su primer permiso carcelario, después de veinte años en prisión. ¿Y ahora, precisamente ahora, la ciudad con el índice de criminalidad más bajo de la zona norte se apuntaba dos cadáveres en el macabro marcador de las estadísticas?

Sacudí la cabeza, como si aquel gesto fuera a despejar mis fantasmas. Me obligué a dejar las conclusiones para más tarde y centrarme en lo que teníamos delante.

Entramos en la cripta recién restaurada, y efectivamente tuve que agachar la cabeza ante la poca altura de los techos. El espacio aún olía a madera recién cortada. Pisé con aprensión las losas de piedra gris, pulidas, rectangulares, perfectas, que solo podían ser obra de una máquina del siglo XXI. Parecían nuevas y daba pena ensuciarlas. Dos gruesas columnas frente a nosotros aguantaban como podían el pesado paso de los siglos, los verdaderos cimientos de aquella vieja catedral que se doblaba.

Al ver los dos cuerpos inertes allí tendidos sentí que una arcada me nacía de la boca del estómago. Pero resistí.

Resistí.

Los técnicos, envueltos ya con sus buzos blancos y sus chapines, procesaban el escenario desde hacía un buen rato. Habían colocado varios focos para dar visibilidad a la oscura cripta y parecía que las fotografías ya habían acabado, porque vi varios testigos métricos colocados en el suelo. Estíbaliz pidió un croquis del escenario y después de estudiarlo con detenimiento me lo pasó.

—Dime que no tienen veinte años, Estíbaliz —rogué en voz alta.

«Cualquier otra edad, veinte no.»

El conteo del anterior asesino en serie se detuvo en quince años: cuatro parejas, hembra y varón, desnudas y cada uno de ellos apoyando cariñosamente la palma de su mano sobre la mejilla del otro, en un incongruente gesto lleno de ternura que nadie había conseguido explicar hasta la fecha, ya que se comprobó que las víctimas no se conocían en ninguno de los casos. Todos ellos con apellidos compuestos alaveses: López de Armentia, Fernández de Retana, Ruiz de Arcaute, García de Vicuña, Martínez de Guereñu...

En el dolmen de la Chabola de la Hechicera, junto al pueblo alavés de Elvillar, aparecieron los cuerpos sin vida de dos recién nacidos. Poco después, en el yacimiento del poblado celtíbero de La Hoya de Laguardia, un niño y una niña de cinco años. Las manos consolando al otro, la mirada perdida en el cielo.

En el Valle Salado de Añana, próspera explotación de sal desde tiempos de los romanos, hallaron los cadáveres de un chiquillo y una chiquilla de diez años. Para cuando los crímenes llegaron a Vitoria y aparecieron un chaval y una chavala de quince

años junto a la puerta de entrada de la Muralla Medieval, la psicosis era tal, que los jóvenes de veinte años quedábamos en nuestras casas para jugar al mus con nuestros abuelos. Pero nadie se atrevía a pasear por Vitoria si no era en manada. Era como si la edad de las víctimas avanzase con la cronología de la Historia de nuestra tierra. Todo muy arqueológico, muy Tasio.

Después lo atraparon. El inspector Ignacio Ortiz de Zárate ordenó detener a Tasio Ortiz de Zárate, el arqueólogo más famoso y querido del país. Lo juzgaron, lo hallaron culpable de ocho asesinatos consumados y lo encarcelaron.

La cosecha de niños vitorianos se detuvo.

La voz de mi compañera me trajo de nuevo al presente.

La forense, la doctora Guevara, una delgada mujer de cincuenta años y mejillas planas y rojas, charlaba en voz baja con el juez Olano, un hombre mayor de espaldas anchas, tronco grueso y piernas cortas que escuchaba con un pie colocado en dirección a la puerta, como si se quisiera largar corriendo de allí. Preferimos no acercarnos de momento, no parecía que quisieran ser interrumpidos.

—Aún no los hemos identificado —me hizo saber Estíbaliz, bajando la voz—, estamos cruzando los datos con denuncias de desaparecidos. Pero ambos, chico y chica, aparentan veinte años. Estás pensando lo mismo que yo, ¿verdad, Kraken?

A veces me llamaba por mi apodo de adolescente, era una de esas confianzas que habían llegado con el tiempo.

—Es imposible que haya sucedido lo que estoy pensando —susurré, mientras apretaba la mandíbula.

—Pero está pasando.

—Aún no lo sabemos —la corté, obcecado.

Ella guardó silencio.

—Aún no lo sabemos —repetí, tal vez para convencerme—. Vamos a centrarnos en lo que tenemos delante. Después, en mi despacho y con la cabeza fría, hablamos de las conclusiones, si te parece.

—Conforme, ¿qué ves?

Me acerqué a los cuerpos de las víctimas, hincé la rodilla frente a ellos y recité en voz baja mi plegaria:

«Aquí termina tu caza, aquí comienza la mía».

—Tres *eguzkilores*, las flores del sol —dije por fin—. Colocados entre sus cabezas y a ambos lados de sus pies. No acabo de entender su significado en esta escena.

El *eguzkilore* era un antiguo símbolo de protección en la cultura vasca que se colocaba en las puertas de los caseríos para impedir la entrada de las brujas y otros demonios. Pero en este caso, desde luego, no los había protegido.

—No, yo tampoco comprendo qué pintan aquí —coincidió Estíbaliz, agachándose a mi lado—. Continúo yo con las víctimas: hembra y varón de raza blanca, entre veinte y veintitantos años ambos. Tumbados boca arriba, en decúbito supino y desnudos sobre el suelo de la catedral. No presentan cortes, ni golpes, ni signos de violencia. Pero... mira: ambos tienen un pequeño orificio de entrada en un lateral del cuello. Un pinchazo. A los dos les han inyectado algo.

—Habrà que esperar a los informes de toxicología —dije—. Tendrán que enviar muestras a analizar al Servicio de Laboratorio Forense de Bilbao, por si encuentran drogas o psicofármacos. ¿Algo más?

—Una de las manos de cada individuo está posada sobre la mejilla del otro. La forense establecerá la data de la muerte, pero aún no presentan *rigor mortis*, así que asumo que llevan muertos pocas horas —añadió—. Voy a pedir a los técnicos que preserven las manos en bolsas de papel, no parece que se defendieran, pero nunca se sabe.

—Acércate —le indiqué, con un gesto—. Creo que huelen a... ¿gasolina? Es bastante sutil, pero diría que huelen a gasolina o a petróleo.

—Pues sí que tienes el olfato fino. Yo no lo había notado —asintió ella, después de olisquear sobre sus rostros.

—Todavía tenemos que averiguar la causa de la muerte. ¿Crees que en esta ocasión también los han envenenado como en los crímenes anteriores? ¿Tal vez les han hecho ingerir gasolina?

Iba a contestar, después de acercarme al rostro de la chica. El rictus de dolor se le había quedado congelado. Había muerto sufriendo, igual que el chico. Observé el pelo del chaval. Estaba recién cortado en los laterales y el tupé todavía se sujetaba, en-

hiesto, gracias a la gomina de peluquería cara. Parecía que se cuidaba. La joven también había sido guapa, atractiva. Tenía las cejas cuidadas, pocas imperfecciones en el rostro, no presentaba marcas de acné, parecía de esas generaciones que crecieron haciendo uso del acondicionador de pelo y los tratamientos de cabina.

«Niños pijos», pensé. Como la otra vez. Pero entonces me di cuenta de nuestro error.

—Estíbaliz —la frené—, tenemos que resetear y empezar de nuevo. No estamos procesando un escenario, los dos nos hemos puesto directamente a compararlo con otro. Ya llegaremos a eso, primero vamos a tratarlo como si fuera único, después haremos las comparativas.

—Pero creo que eso es precisamente lo que busca el asesino o asesinos. La puesta en escena es idéntica a la de los otros crímenes. Si me preguntas por las víctimas, Kraken, te diría que siguen la serie de hace veinte años.

—Sí, pero hay diferencias. No creo que la muerte sea por veneno. Aunque la prensa nunca llegó a filtrar qué tipo de veneno fue. Tampoco pienso que sea por ingesta de gasolina. El olor sería mucho más fuerte, habría hecho falta mucha más cantidad, amén de las quemaduras químicas de las que no hay ni rastro. Es como si solo hubieran estado en contacto con una o dos gotas.

Me acerqué al rostro del chico. Tenía un gesto raro, la boca cerrada con los labios levemente apretados hacia el interior, como si se los estuviera mordiendo.

Entonces vi algo, me acerqué también a la chica.

—A los dos les taparon la boca con una cinta de embalar y luego se la arrancaron de un tirón. Mira.

En efecto, la marca rectangular de una cinta adhesiva que les había cubierto los labios había dejado la piel algo más pigmentada debido a la abrasión.

Entonces, rodeados del silencio de las piedras de la iglesia, que nos acogían horrorizadas, me pareció escuchar algo.

Un zumbido, un sonido leve, pero molesto.

Le hice un gesto a Estíbaliz para que callara y acerqué la oreja al rostro del chico, apenas a un centímetro. ¿Qué demonios era aquel ruido? Cerré los ojos y me concentré únicamente en el so-

nido, en la anomalía, en localizar el origen, donde el levísimo zumbido era más intenso. Casi rocé la punta de la nariz de la víctima, luego bajé por el músculo orbicular y llegué a los labios.

—¿Tienes un boli?

Ella se sacó uno del bolsillo trasero del pantalón y me lo tendió con un interrogante pintado en el rostro.

Abrí con un extremo del bolígrafo la comisura de los labios y de improviso, salió una abeja furiosa y me caí de espaldas.

—¡Hostia, una abeja! —se me escapó, ya en el suelo.

Todos los presentes se giraron hacia nosotros, los técnicos me lanzaron una mirada de reprobación por caer tan cerca del centro de la escena.

Estíbaliz reaccionó bastante rápido e intentó cogerla, pero el insecto salió volando por encima de nuestras cabezas y dejó de estar a nuestro alcance en cuestión de segundos, alejándose hacia las ruinas cubiertas de la antigua aldea de Gasteiz.

—Deberíamos atraparla —dijo mi compañera, buscándola con la mirada por el foso—. Puede ser determinante para la investigación si es el arma del crimen.

—¿Atraparla, en una iglesia de noventa y seis metros desde el ábside a la puerta? No pongas esa cara —me justifiqué, al ver cómo me miraba—, cada vez que viene un amigo de fuera de Vitoria, lo traigo a las visitas guiadas de la catedral.

Estíbaliz suspiró y volvió a acercarse a los cuerpos.

—De acuerdo, olvidémonos de la abeja de momento. Dime, ¿ves móvil sexual? —me preguntó.

—No —me acerqué—, a simple vista la vagina de la chica parece intacta, vamos a preguntar a la forense, creo que ha terminado con el juez.

—Señoría... —dijo Estíbaliz, recogiendo el pelo que sobresalía bajo el casco en una coleta.

—Buenas tardes, por decir algo —contestó el juez Olano—. Mi secretario les deja el acta de la inspección ocular para que la firmen. Por mi parte, ya he tenido bastante para un día festivo como hoy.

—Ni que lo diga —murmuré.

El juez desapareció rápidamente de la cripta y nos dejó con la forense.

—¿Han encontrado restos biológicos, doctora? —quise saber.

—Hemos examinado tanto los cuerpos como el escenario con el CrimeScope —dijo, señalando la lámpara de luz forense—. Ni rastro de sangre. También hemos buscado semen con la lámpara de Wood, pero no parece que haya. De todos modos, esperaremos a los resultados de la autopsia, serán más precisos. Esto va a ser muy complicado, me temo. ¿Necesitan algo más, inspectores?

—No, doctora. De momento, no —se despidió Estíbaliz con una sonrisa. En cuanto la forense desapareció, se giró hacia mí—. Entonces, Unai, ¿qué dices de la puesta en escena?

—Digo que están desnudos, es cierto, y hay un marcado aspecto sexual en ello y en establecerlos como pareja al colocar sus manos con ese gesto tan extraño, aunque creo que fue *post mortem*, cuando el asesino los trajo hasta aquí y orientó los cuerpos hacia...

Me saqué el móvil del bolsillo y abrí una aplicación que hacía las veces de brújula. Me agaché y me tomé mi tiempo hasta estar seguro.

—Están orientados al lugar por donde sale el sol en el solsticio de invierno —le informé.

—Traduce, yo no soy un alma salvaje que se fusiona con la Madre Tierra los fines de semana como tú.

—No me fusiono con ninguna fuerza telúrica los fines de semana, simplemente voy al pueblo a ayudar a mi abuelo con el campo. Si tuvieras un abuelo de noventa y cuatro años empeñado en no jubilarse, estoy seguro de que harías lo mismo. Y respondiendo a tu pregunta, los cuerpos están orientados en el eje noroeste.

«Como el primer doble crimen del dolmen», pensé, preocupado. Eso sí que trascendió.

Pero callé.

No quería contradecirme y que Estíbaliz notara que, pese a mis intentos por aislar aquel caso en mi cabeza, seguía comparándolo con nuestros terrores adolescentes. Probablemente, igual que ella.

Lo cierto es que algo me temblaba por dentro. No podía dejar de pensar que estaba respirando el mismo oxígeno que el del

asesino. Que pocas horas antes, un capullo con un trastorno psicopático no tratado había ocupado el mismo lugar en el espacio que yo, y miré al aire encapsulado de la catedral como si tuviera que dejar huellas visibles en la nada. Sabía sus movimientos, los veía a cámara rápida en mi cabeza. Cómo tuvo que trasladar los cuerpos, cómo los colocó en la cripta, sin dejar huellas. Lo sabía ya, era meticuloso y lo había hecho antes.

Aquel alarde no era el primero.

Solo me faltaba verle el rostro, porque me negaba a creer que la solución fuese tan sencilla y tan imposible como para tenerla allí delante: un acertijo resuelto antes siquiera de acabar de pronunciar el enunciado.

Estíbaliz me observaba, esperando que saliese de las espirales mentales en las que a veces me perdía. Me conocía bien, respetaba mis silencios y mis ritos.

Me levanté por fin, nos miramos y supe que ya éramos diez años más viejos que la pareja de investigadores que había entrado, media hora antes, en aquel templo.

—De acuerdo, Unai, ¿qué te dice tu cerebro de perfilador?

—El que ha hecho esto tiene un perfil de un asesino organizado. No es una agresión espontánea, apostaría a que no conocía a las víctimas, las ha cosificado. Y además hay un control total y absoluto de la escena. Pero lo que más me inquieta, Estíbaliz, es esta desconcertante ausencia de huellas u otros restos. Me encaja con el perfil, el asesino tiene una conciencia forense casi profesional, y eso es muy preocupante.

—¿Qué más? —me apretó, sabía que yo no había terminado, que estaba pensando en voz alta frente a ella. Solíamos hacerlo, los pensamientos fluían mejor así.

—Las víctimas tienen los ojos abiertos, así que no hay arrepentimiento ni pena por parte del asesino. Es un rasgo muy psicopático —continué.

—¿No has visto ningún rasgo mixto?

—No, no tiene ni un solo rasgo de asesino desorganizado. ¿Sabes lo poco común que es eso? Los desorganizados suelen dejar atrás un escenario marcado por una brutal violencia explosiva. Suele haber ataques en el rostro, caras desfiguradas, y golpes con armas de oportunidad como palos o piedras. Esto es diferen-

te, este tío no es un psicótico, parece un psicópata o un sociópata: minucioso y planificador, no tiene problemas mentales, así que por suerte es plenamente imputable. Lo que me escama es el tipo de arma que ha usado, si es que es esa: ¿unas abejas? Es un arma fetiche.

—Objetos que normalmente no son armas, pero que para él tienen una significación especial —pensó Esti en voz alta.

—Eso me temo —le confirmé—. Hay que averiguar qué veneno usó el asesino hace veinte años, tendremos que pedir los informes antiguos en cuanto lleguemos a comisaría. De todos modos, si aceptásemos que este asesinato es una continuación de la serie de cuatro crímenes de 1996, estamos hablando de un período de enfriamiento de dos décadas. Cuando hablamos de asesinatos en serie organizados, cuanto más largo sea el período de enfriamiento, más calmada es la personalidad del psicópata, pero estadísticamente suelen ser semanas o meses. ¿Tienes idea de a qué nos enfrentamos si estamos ante un tipo con un período de enfriamiento de veinte años?

—Entonces dilo tú, Unai. Dilo en voz alta. Porque toda Vitoria se lo va a estar preguntando en cuanto se convierta en *trending topic* nacional dentro de unas horas y tenemos que estar preparados para dar una respuesta cuando la prensa se nos eche encima. Suspiré.

—De acuerdo. Haré las preguntas adecuadas, a ver si me salen.

—Adelante.

Y entonces, una idea se me posó en el hombro izquierdo, como una mariposa negra. Era una certeza, lo supe: si hubiera tenido una bola de cristal, un aparato para ver el futuro, si hubiera sabido que me iba a tocar a mí encargarme de aquel caso, nunca me habría metido a investigador de homicidios.

Así de claro, así de rotundo.

Me habría quedado en Villaverde, sembrando trigo con el abuelo.

Porque no quería enfrentarme a aquello. A aquello no. A cualquier otro caso... estaba mentalizado, me había preparado durante años y había salido bien parado hasta la fecha. Buenas estadísticas, casos resueltos en un tiempo razonable, felicitacio-

nes y palmadas en la espalda por parte de los superiores. Pero no aquel, no con Tasio Ortiz de Zárate de por medio.

Pero tenía que verbalizarlo, hacerlo real, que no fuera un molesto zumbido sobre nuestras cabezas.

«De acuerdo —claudiqué—. Lo diré.»

—¿Cómo diablos Tasio ha continuado con sus asesinatos, veinte años después y de idéntica manera, si ahora mismo está encerrado en la cárcel de Zaballa? ¿Puede una persona, por muy demonio que sea, estar en dos sitios a la vez?